
FICCIONES ENTRE-LENGUAS / ENTRE FRONTERAS¹

Franca Maccioni

Ficciones entre lenguas y entre fronteras. Ese es el título que pude pensar en su momento para esta intervención, aunque hoy, creo, sería mejor comenzarla de otro modo. Si pudiera, lo haría ya no con una afirmación sino con una pregunta robada porque en ese gesto en principio está condensado casi todo lo que me gustaría decir. La pregunta que pirateo es colectiva, está escrita con una sintaxis y una ortografía absolutamente enrarecidas, y dice así: ¿DELÍRIOS LUNÁTICOS TRANSNACIONALES DE INDETERMINADAS ORIGENES GALÁCTICAS DE ALGUNOS ARTISTAS TRIPLEFRONTEROS DEL FUTURO AGORA?... Como sea, comienzo.

En 2008, un conjunto de escritores y artistas reunidos en las playas imaginarias de Asunción de Paraguay, decretaron a esa ciudad “capital mundial de la ficción”. En ese mismo acto, redactaron una Karta-Manifiesto de Amor Amor dirigida a los entonces presidentes de Brasil y Paraguay, Fernando Lugo y Lula Da Silva, instándolos a quemar con fuego guaraníτικο el contrato que regulaba los usos de la reserva Itaipú; contrato firmado durante dictaduras militares en ambos países involucrados y sin embargo aún vigente. La apuesta por derribar ese dique contenedor “de lucro mal aprovechado” se dirigía luego a la invención de una nueva usina, ya no eléctrica sino generadora de un fluir americano de ideas sin fronteras, que precisaba para ello, decían, una nueva lengua en la cual reescribir ese tratado y con suerte todos los que vendrían después: el portunhol selvagem.

Esa lengua de alto voltaje poético armada de contrabandos migrantes en la que está escrito el manifiesto es también, a mi entender, la lengua de un proyecto mucho más amplio y radical. Un proyecto, a la vez poético, lingüístico e hidráulico, digamos,

¹ Diegues, Douglas. *Triple frontera dreams*. Buenos Aires, Interzona, 2017

Bueno, Wilson. *Mar Paraguayo*. Pará, Iluminuras, 1992. [con prólogo de Perlongher, Nestor. “Sopa Paraguaya”]

Andermann, Jens. “Abismos del tercer espacio: Mar Paraguayo, portunhol salvaje y el fin de la utopía letrada”, *Revista hispánica moderna*, 2011.

VVAA, “Karta Manifiesto de Amor Amor” en *Jornal o Globo*. Disponible en <https://goo.gl/1LYxsF>

cuya táctica punkpolítica no se deja asir fácilmente pero que es como mínimo contramoderna y contra-corriente. Digo esto porque el origen de nuestra lengua y de nuestras cartografías político-nacionales, lo sabemos, está indisociablemente vinculado a la ilusión de un viaje de ida y vuelta; viaje que fue, a la vez, real e imaginario; que comenzó con los que llegaron por mar y culminó con el deseo de exportar por el agua del río y a favor de su corriente la materia prima hacia el océano, haciendo de la boca (ese lugar donde el río desemboca) el espacio mercantil de apertura de América al mundo global civilizado de Europa, pero también haciendo del espacio resonante de la boca y, por extensión, de la lengua en general y de la lengua literaria en particular, un lugar de construcción de lo nacional, de demarcación de lo propio y de lo otro. Por el contrario, el viaje (esta vez, quizás más bien en sentido lisérgico); digo el viaje de estos lunáticos intergalácticos de orígenes indeterminados parece dirigirse en cambio contra esta corriente moderna y también contra la corriente fluvial. Lo que quieren, al parecer, es devorarse los restos vivos de la modernidad y devolverla contrabandeada, pirateada, migrada, transfronterizada. Pero lo que quieren sobre todo es devorarla y devolverla ya no sólo por la boca sino con el cuerpo entero; es decir, hacer que la lengua ya no sea “LA lengua Real” (académica, Estatal, literaria) sino de vuelta esa lengua-lengua, al mismo tiempo signo y órgano encarnado de estímulo oral y sexual, porque para ellos todo es cuerpo.

Contra la utopía a la vez fundacional y nacionalista de articular en la literatura voz, letra y ley, los inventores de este “deslimite verbocreador indomábel”, proponen un contraespacio, una heterotopía que no sólo impugna la ficcionalidad de las cartografías político-jurídicas sino que expone a la vez otro principio constructor posible que opera ya no por diferenciación sino por yuxtaposición: superponen en un lugar real varios espacios, varias lenguas que normalmente serían incompatibles, varios tiempos que se presumen ajenos al presente reglado. El portunhol selvagem es ese invento translingual, híbrido, hídrico, carnal y desbordado cuyo mentor principal es Douglas Diegues. Este poeta aproxima una definición autoboicoteada, diciendo: “El portuñol selvagem es guarani punk, punk guarango, um mix de português, castellano, guarani, spanglish, franxute, italiano fake, alemán trucho, pero jamás únicamente eso, porque el portuñol selvagem non tiene ni es una fórmula. Non podemos explicarlo mucho sin traicionarlo. Pero podemos desexplicarlo un poco. Nel corazoncito de llanta de camión del portuñol selvagem cabem todas las lenguas del mundo. Non hay limites ni habría porque limitarlo”.

Y es justamente el “roce, la contaminación entre lenguas, [como dijera Andermann (152) lo que hace de esta lengua] *de modo inmediato*, una erótica”. Lo que sale entonces, ya sea en forma de poema, prosa o manifiesto, es la liberación extasiada de un fluido de energías ancestrales; fluido que crea por sí mismo su propio lugar oceánico y gozoso, ya ni pacífico ni atlántico. Un Mar que rememora, más bien, la corriente subterránea del mar enterrerriense, mar paraguayo, mar hoy inexistente pero que, sabemos por los restos, supo aunar en una misma marea a Brasil, Paraguay, Uruguay, Bolivia y Argentina mucho antes de que estos países existieran como tales.

Ya Wilson Bueno había recreado ese Mar Paraguayo inventando, él también, una lengua transfronteriza, el portunhol; o mejor, un vórtice de escritura en la que el español y el portugués se mezclaban con la errancia y la liviandad de la espuma. “No hay idioma ahí. Solo el vértigo del lenguaje. Déjenme que exista” decía Bueno. Perlongher le llamo “sopa paraguaya” a ese “zoo de signos” marinos de “portunhol malhado de guaraní”; un portunhol mechado o quizás sea mejor decir *machado* en salteño, es decir, embebido, chupado de guaraní (si se prefiere en cordobés). Porque tanto el portunhol de Bueno como el portunhol selvagem de Dieguez vuelven al guaraní para trazar desde allí su “lengua poética de vanguardia primitiva”. Pero vuelven menos como quien retorna a una raíz o a una orilla segura que como quien encuentra allí al mismo tiempo un solvente, un medio de disolución de las lenguas con mayúscula pero también un principio de construcción compuesta que moviliza el fraseo emulando lo líquido y lo étlico.

Y si es Paraguay en ambos casos el espacio imaginario de la ficción absoluta quizás lo sea menos por el territorio que ese nombre invoca que por la fábula etimológica que la materialidad del significante conserva. Como si Paraguay, ese topónimo guaraní, guardara la cifra delirante de un modo de construcción ficcional de lengua que es posible actualizar en este futuro ahora que nos toca. Una cifra para crear una lengua para-estatal, una *para-lengua* (siendo “para” río, agua en guaraní); y una lengua, además, que opere por conjunción flotante (rememorando que la “Y” de Paraguay significa también agua y por extensión río). Una lengua en todo caso capaz de “destrabar y arrastrar los sentidos en su torrentoso cauce, desde la tierra firme de las lenguas mayores a un estado de disolución y fluidez” permanente (Andermann, 153), una lengua-corriente desterritorializante que licúe los estados y los vuelva flotantes, sin aduanas ni fronteras.

Es un delirio, sin dudas, y sin embargo quizás no sea nada arriesgado afirmar que lo mejor que se ha escrito en nuestro continente viene de una tradición de delirantes semejantes. Como dijera una vez más Diegues: “El portunhol [de los turistas] puede ser

dulce [pero] El portunhol selvagem talvez seja mais trilce. Resumiendo sem conclusiones precipitadas: el portunhol selvagem es free”